

EL USO SOCIAL DEL JUGUETE EN CIUDAD RODRIGO: UNA APROXIMACIÓN ETNOGRÁFICA EN LA POSGUERRA ESPAÑOLA

*The toy's social use in Ciudad Rodrigo: an ethnographic approach in the
spanish post-war period*

María José GONZÁLEZ RIVAS

Facultad de Educación. Universidad de Salamanca

RESUMEN: El artículo trata de explicar y reconstruir la vida cotidiana de posguerra a través del uso social del juguete en Ciudad Rodrigo. Además promueve la reflexión y el empleo de la técnica de investigación etnográfica en el campo de la historia de la educación.

El trabajo de campo es la principal técnica de recogida de datos: testimonios escritos como el de Fernando Arrabal, testimonios orales de los artesanos de la época y la recopilación de algunos juguetes de posguerra.

Palabras clave: juguete, etnografía, Ciudad Rodrigo, Arrabal, posguerra, España, barro, hojalata.

ABSTRACT: The item tries to explain and reconstruct the post-war daily life through the toy's social use in Ciudad Rodrigo. In addition, it promote history of education the reflection and the use of the ethnographic research's technique in the field of.

The fieldwork is the main technique of data capture: written evidence like the Fernando Arrabal, oral evidence of the period craftsmen and the compilation of some post-war toys.

Key words: toy, ethnography, Ciudad Rodrigo, Arrabal, post-war, Spain, clay and tin.

INTRODUCCIÓN

Motivaciones afectivas, interés personal, originalidad y relevancia histórica, por ser los juguetes una parcela inseparable del vivir de la humanidad, han sido algunos de los factores decisivos en la elección de nuestro tema de estudio. Tal importancia histórica se prolonga hasta momentos actuales donde el juguete tradicional se encuentra agazapado en una sociedad de consumo que encumbra modernas videoconsolas y otros juguetes sofisticados como principales compañeros de juego de la infancia en el presente.

Indagando en la fase heurística y estado de la cuestión, comprobamos la ausencia de fuentes, tanto escritas como materiales, y reflexionamos que, hasta ahora, el estudio histórico del juguete carece de la importancia científica que se merece. Hasta épocas recientes el juguete no siempre fue considerado como un recurso pedagógico indispensable, ni tan siquiera como un elemento lúdico y didáctico.

Nuestra investigación ha estado marcada por las dificultades en la obtención de la muestra. Difícil viabilidad a causa de la escasa bibliografía especializada sobre el juguete, siendo todavía más acentuadas las ausencias en España, aunque existan obras tan espléndidas como la del autor Corredor-Matheos: *El Juguete en España*¹, que fue un referente para avanzar en el conocimiento científico de la historia y evolución del juguete en España.

En Francia y otros países europeos el interés por la investigación histórico-pedagógica del juguete se hace presente en pequeñas obras, bastante numerosas, que invitan a muchas reflexiones. Asimismo, son frecuentes las ausencias en cuanto al tratamiento científico del tema en las numerosas revistas de educación españolas consultadas si nos referimos a los últimos veinte años en España. Por ello podemos afirmar que el tema merece ser abordado, por su repercusión en la historia de la educación y por el protagonismo actual que los juguetes tienen para padres y educadores.

Tradicionalmente, el juguete y el juego han sido considerados como actividades e instrumentos de esparcimiento y no como medios pedagógicos explícitos e indispensables, pese a que han existido pedagogos que contribuyeron a dotar al juguete de importancia lúdica y didáctica, como Itard, Montessori, Decroly, Froébel, Rabelais, Quintiliano, Comenius, Rousseau, y otros.

Ha sido un asunto que no ha interesado lo suficiente a los educadores, a diferencia de los fabricantes de juguetes.

Realizar hoy una investigación sobre el estudio histórico del juguete resulta una misión especialmente compleja y una apuesta arriesgada, que hemos podido encarar como un desafío apetecible y sugerente, pese a la lentitud en la búsqueda de fuentes de datos y localización de juguetes.

El escenario de estudio de nuestro trabajo etnográfico-educativo fue Ciudad Rodrigo, localidad salmantina interesante por motivos históricos, religiosos, sociales, situación

1. Cfr. CORREDOR MATHEOS, J. (1989): *El juguete en España*. Madrid: Espasa Calpe S.A.

fronteriza, ...y por constituir un entorno relativamente accesible para conseguir nuestros objetivos. Sin duda, un nutrido foco de estudio, alrededor del que tantos historiadores experimentados han investigado con gran rigor científico y que debe continuar irradiando más investigaciones referidas al ámbito educativo.

Algunos aspectos de su idiosincrasia, que pudieron producirnos cierto «extrañamiento»² subjetivo, señalaron definitivamente nuestro interés por investigar el juguete en este entorno enfocado en la posguerra, etapa de enorme trascendencia en el ámbito educativo español, no sólo en el ámbito político.

Ciudad Rodrigo no escapa a esta difícil situación de graves consecuencias posteriores a una confrontación bélica. En medio de este panorama social, el juguete y su uso social se convierten en foco de atención e interés, constituyendo el entramado básico de nuestras hipótesis y objetivos. Para ello el trabajo se fue enfocando hacia los juguetes populares y a su uso social.

Dado que hemos considerado que el tema puede suscitar un impulso que facilite la apertura de un campo temático y metodológico, la primera parte de este artículo se dedica a explicar el soporte de la etnografía para abordar la investigación sobre el juguete, presentando nuestra principal técnica de recogida de datos o Trabajo de Campo, concatenando ideas globales sobre los objetivos e hipótesis de nuestro estudio.

En el segundo capítulo el teatrillo de cartón del niño Fernando Arrabal³ es tratado con especial interés, asignándole una merecida reflexión pedagógica. Tal juguete es utilizado como un exponente del contexto de posguerra de Ciudad Rodrigo y sus vivencias infantiles, narradas en su obra *Ceremonia por un teniente abandonado*, nos ayudan a dibujar el paisaje de la vida lúdica de la época.

La última parte, previa a las conclusiones del estudio, relatará los frutos de nuestra investigación, explicando con detalle datos sobre aquellos juguetes de barro y hojalata elaborados por los artesanos mirobrigenses entre 1940 y 1950.

1. LA ETNOGRAFÍA EN LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA SOBRE EL JUGUETE

Actualmente, no hay duda de que la interpretación de tipo cualitativo empieza a cobrar interés en el ámbito de la educación y de las Ciencias Sociales.

La Etnografía constituye una alternativa metodológica de investigación acerca de la cual aún hoy, existen reticencias y, tal vez, poca propagación en el ámbito educativo. No obstante, cada vez son más numerosos los trabajos fundamentados en este enfoque

2. Cfr. Acerca de esta sensación personal escriben investigadores etnográficos como GOETZ, J. P. y LE COMPTE, M. D. (1988): *Etnografía y diseño cualitativo en investigación educativa*. Morata. VELASCO, H. y DÍAZ DE RADA, A. (1997): *La lógica de la investigación etnográfica: un modelo de trabajo para los etnógrafos de la escuela*. Madrid: Trotta.

3. Cfr. ARRABAL, F. (1998): *Ceremonia por un teniente abandonado*. Madrid: Espasa-Calpe S.A.

cualitativo de investigación, pese a que continúan siendo diversas las opiniones y controversias acerca de su definición, alcance y aplicabilidad.

Creemos que la Etnografía hoy tiene que ser considerada como una vía metodológica del paradigma cualitativo, una técnica de investigación alternativa, no convencional, y que ha sido y es aplicable en educación y en otras áreas del conocimiento.

La finalidad de la Etnografía debe ser obtener un conocimiento cultural de la vida cotidiana, interpretar el entorno de estudio describiendo y comprendiendo las distintas visiones que de diversos temas tienen las personas pertenecientes a una colectividad o agrupación. Todo ello abordado en su marco físico o natural y desde una perspectiva subjetiva, cualitativa y holista: desde una perspectiva cualitativa porque las explicaciones obtenidas sobre la realidad estudiada se hacen empleando expresiones textuales de las personas participantes, haciendo mayor énfasis en datos cualitativos sin excluir absolutamente datos cuantitativos. Desde una perspectiva subjetiva porque el investigador es un participante en el escenario de estudio, al igual que el resto de individuos. El etnógrafo, se implica e involucra en la situación que estudia. Desde una perspectiva holista porque la realidad o escenario cultural es concebido como un todo, donde cada elemento, circunstancia o comportamiento humano tiene siempre un significado inseparable del contexto global.

A estas tres perspectivas de la Etnografía se añaden más características: la flexibilidad, porque el etnógrafo, prefiere que la teoría surja de los datos espontáneamente y no enfrenta la realidad de estudio bajo esquemas rígidos. Las hipótesis nacen de lo que se observa, no suelen estar preconcebidas y se someten a constante redefinición.

La Etnografía es cíclica, pues se puede avanzar a una fase o a un ciclo sin haber terminado el anterior, porque, al igual que ocurre con las hipótesis, se puede modificar, completar o recomponer si es necesario. Además, las actividades se repiten una y otra vez según la información que van emitiendo las observaciones. En definitiva, nuestra metodología utiliza un modelo cíclico, que contrasta con el modelo metodológico lineal.

La Etnografía es también inferencial, pues describe y explica una realidad haciendo inferencias, induciendo, porque su objeto de estudio, cultura y conocimiento de un grupo social, no pueden observarse directamente. Sin embargo, la recogida de información de un estudio etnográfico supone la observación de los hechos en su ambiente natural, que es el foco de atención y actuación del investigador.

El uso social del Juguete en Ciudad Rodrigo: una aproximación etnográfica en la posguerra española se abre a las nuevas líneas de investigación. La senda de nuestro trabajo ha necesitado, en la práctica, una metodología etnográfica, sin menoscabo, por ello, del método histórico-pedagógico como referente.

Las fuentes empleadas no han podido restringirse a meros testimonios escritos, pues se ha recurrido también a otras fuentes, que constituyeron el material de información imprescindible para alcanzar metas básicas en el asunto a investigar.

Además de las fuentes escritas, hemos contado con fuentes orales, verdaderos «archivos orales», fuentes materiales o útiles de juego, cuyo valor informativo reside en su propia materialidad. Todas ellas fueron consideradas como fuentes cualitativas y culturales.

A partir del concepto y reflexiones sobre mentalidades, la historia de la educación puede desarrollar áreas de trabajo similares a la que presentamos como trabajo de investigación, que aludan a la expresión de comportamientos o conductas, esto es, que se refieran a costumbres, ritos, lenguajes, utensilios, artesanías, con las que el hombre ha manifestado formas de relacionarse con el medio y formas de sentirse a sí mismo.

En esta línea, las investigaciones etnográficas tienden a convertirse en uno de los yacimientos más explotados en la historiografía reciente, sobre todo, en lo que se refiere al ámbito de la cultura popular; hoy es urgente adoptar la Etnografía como método para estudiar temas de enorme trascendencia educativa como es el juguete en la historia de la educación.

En este punto nos parece oportuno reseñar un párrafo sobre tendencias actuales en investigación⁴ que aluden con claridad a los cambios fundamentales surgidos en la historia más reciente de la educación:

«en la década de los setenta la historia sufrió grandes transformaciones en sus enfoques, en sus técnicas, en su metodología, en las fuentes a utilizar y en su tratamiento, lo cual desembocó en una renovación constante de la historiografía, fraguando todo un movimiento que fue denominado nueva historia y que supuso no sólo una forma de concebir la historia, sino el mundo. Todo este desarrollo de acontecimientos va a suponer la ruptura con el fin de la influencia de la escuela francesa de Los Annales, iniciándose nuevas posibilidades de apertura historiográfica. En consecuencia, los historiadores van abandonando la objetividad y reinante positivismo, generándose, así, la eclosión de nuevos campos de investigación como la historia de las mentalidades y, en general, historias sectoriales, parcializadas, pero orientadas dentro de una metodología histórico-educativa globalizadora».

«La historia comienza a vincularse mucho con las actividades humanas, preferentemente con aquellas que son sociales. En medio de toda esta "nueva historia" se cultivarán diversos temas en los que destacarán los grupos sociales, sin perder de vista la individualidad. Es ahora cuando se comienza a recurrir a todo tipo de fuentes, que ponen a los investigadores en contacto con la comunidad en que viven. Esta apertura a distintos ámbitos se respalda, apoyándose en todo tipo de fuentes, ya que tratar problemas diferentes exige métodos diferentes». En esta tendencia de las nuevas líneas de investigación se sitúa nuestro trabajo.

La etnografía, como modelo de investigación entronca con la Antropología, con el estudio de lo cotidiano, de las creencias y comportamientos humanos en momentos históricos distintos. La historia de la vida cotidiana nos es algo banal, destaca por concebir la realidad de un modo transparente y en los últimos años muchos investigadores han demostrado que lo sencillo, lo cotidiano es "extremadamente complejo", y que la vida cotidiana no está fuera de la historia, sino que es el centro de la historia».

4. Cfr. Véase Capítulo de RUÍZ BERRIO, J. (1997): «El método histórico en la investigación histórico-educativa» en DE GABRIEL, N. y VIÑAO FRAGO, A.: *La investigación histórico-educativa. Tendencias actuales*. Barcelona: Ronsel, pp. 134-145.

5. Cfr. GARCÍA CÁRCAMO, J.: «Microsociología e historia de lo cotidiano» en CASTELLS, L. (1995): *La historia de la vida cotidiana*. Madrid: Marcial Pons, pp. 190-222.

Hoy aún sigue existiendo la necesidad de afrontar enfoques metodológicos como el etnográfico para realizar estudios históricos en educación.

El tema conforma una línea de investigación relativamente poco explorada y que es capaz de ir ensanchando un espacio temático y metodológico. El estado de la cuestión se caracteriza por marcadas ausencias en el estudio del juguete, pese a que éste constituye una herramienta educativa de primera magnitud e indiscutible trascendencia.

La historia del juguete hay que vincularla también a la historia de la familia y de la vida privada y considerarla un subconjunto de la historia social y de las mentalidades porque el juguete, más allá del objeto y como todo elemento educativo, no es indiferente ni tampoco inocuo, sino que encierra significados diversos, expone concepciones de épocas históricas y puede ser además el espejo de ideas y actitudes sobre educación.

El estudio histórico del juguete, conlleva, como ya dijimos, nuevas fuentes y perspectivas o enfoques a la hora de tratar las fuentes clásicas. Para su estudio histórico hay fuentes privilegiadas que son: las fuentes orales, los documentos literarios y artísticos, la iconografía, a través de las imágenes el hombre deja huellas de sus pensamientos y sentimientos. Fuentes que encierran limitaciones tanto por la pobreza como por la prolijidad de manifestaciones. Además, la pobreza de los mensajes, el apego a ideologías, la dificultad de decodificar e interpretar mensajes o expresiones, etc. Como contrapartida, gracias al uso de nuevas fuentes brotan métodos nuevos que se van forjando y conducen a la necesidad apremiante de escribir una nueva historia en la que se hace preciso escudriñar imágenes y objetos, entender el sentido del vocabulario, analizar objetos del pasado... en definitiva, tareas que suponen confiar en los propósitos que plantean las nuevas propuestas metodológicas en la historia de la educación. El método presenta la ventaja de admitir experiencias subjetivas tanto del investigador como de los informantes, pudiendo ofrecer una profundidad de la que carecen otros enfoques, por lo que puede haber un control más consciente de los sesgos del observador y de lo observado.

La utilización del diseño etnográfico en la investigación educativa tiende a ser considerada como una práctica habitual y como un modo de trabajo cada vez más aceptado. Se seleccionan fuentes de datos que posibilitan mejor el examen del problema para poder desarrollar procedimientos de recogida de datos y analizarlos según su importancia para el estudio.

Las fases del trabajo de investigación fueron: la elección del tema, importancia y estado de la cuestión; la fase previa al trabajo de campo, la recogida de datos y el análisis de resultados. En nuestro método las fases no siguen un orden lineal, en una investigación etnográfica la recogida y análisis de datos son procedimientos interactivos e interdependientes, y, en consecuencia, la producción y análisis de datos fue un continuo permanente, siendo la formulación constante de hipótesis un instrumento de análisis de datos.

Hemos supuesto que los juguetes en Ciudad Rodrigo eran objetos propios de la vida cotidiana mirobrigense a lo largo de la posguerra española, por estar presentes en la calle, en el hogar o en aquellos lugares donde los niños se cobijaban, al igual que los de hoy, para imitar la vida de los mayores, y que los juguetes que los artesanos fabricaban en este escenario cultural tenían un extendido uso en todas las capas sociales. Además de juguetes

artesanales debieron existir juguetes importados, que pudieron tener mayor relación con las clases sociales más pudientes, al igual que otros juguetes de carácter industrial u otros que empezaban a comercializarse por entonces. Nos hemos ido preguntando si los juguetes eran usados individualmente o en el marco de actividades grupales, y acerca de otras cuestiones que pueden resultar imprescindibles como posibles resultados o no de nuestro trabajo. Dónde y en cuántos lugares próximos se usaban los juguetes artesanales, si eran un objeto de vida cotidiana en Portugal, debido a la proximidad geográfica de la frontera y con qué objetivos educativos los padres compraban juguetes a los artesanos y en qué circunstancias o acontecimientos festivos, Reyes Magos... También nos hemos cuestionado si la infancia jugaba a reproducir la guerra como juego simbólico, con ayuda de objetos típicos de la época como soldaditos de papel recortados de láminas que sustituían a los inalcanzables soldaditos de plomo, y si pudieron existir muñecas recortables de papel o mariquitas, teatrillos de cartón, banderas, etc. Si el juguete es un instrumento lúdico de indiscutible relevancia educativa, podemos preguntarnos si todavía adquiere mayor significado cuando se sumerge en un contexto bélico o posbélico. Dada esta situación se puede sospechar que a la función lúdica del juguete, se añade, tal vez, la función de sobrellevar o tolerar el difícil ambiente con menor dramatismo. Igualmente, nos preguntamos si, en aquella dura etapa de nuestra historia cabía la posibilidad de atisbar indicios, aunque rudimentarios, de una sociedad de consumo y si existían ya juguetes capaces de despertar la codicia o ambición de los padres e hijos acerca de los usos de los juguetes de posguerra en la sociedad mirobrigense.

El trabajo de campo constituyó el periodo de trabajo dedicado a la recopilación y registro de datos y la técnica fundamental y distintiva de la recogida de datos. Comprendió tres aspectos complementarios: la estancia física, la observación participante y la anotación. A medida que se observa se van tomando anotaciones o notas de campo; luego se van sintetizando y resumiendo las notas, realizando interpretaciones y reformulando preguntas que puedan surgir. Un fichero personal, una agenda y un diario de campo fueron instrumentos básicos, así como las entrevistas y cuestionarios de campo. La entrevista ayuda a corroborar y a complementar datos obtenidos en la observación participante. En nuestro trabajo sólo entrevistamos a informantes claves, unas veces de forma estructurada, otras de modo más improvisado e informal. Además, la fotografía fue un recurso imprescindible para conocer juguetes, analizar sus materiales, su época, su procedencia; la hemos considerado una fuente muy válida para nuestro estudio.

A través del trabajo de campo se reunieron datos que ayudaron a trasladarnos al contexto de posguerra y a conocer mejor el modo de vida de la infancia así como los juguetes, gracias a la localización de algunos conservados en Ciudad Rodrigo.

Actualmente, el trabajo de campo es considerado como un recurso importante en la investigación en Ciencias Sociales y se empieza a generalizar como situación metodológica general para el estudio de cualquier sociedad aunque no sea el más utilizado en la mayor parte de investigaciones históricas y educativas.

Los autores Honorio Velasco y Díaz de Rada, en su obra *La lógica de la investigación etnográfica: un modelo de trabajo para etnógrafos de la escuela*, explican que «el trabajo de

campo es más que una técnica y un conjunto de técnicas, pero no confundirse con el proceso metodológico global. Es una situación metodológica y en sí mismo un proceso, una secuencia...». «El trabajo de campo instaura una originalidad metodológica y debe ser para el investigador una situación transformadora»⁶.

El análisis de datos comenzó con la revisión de objetivos originales del estudio, todos dirigidos a posibilitar que este trabajo de investigación sea un vehículo capaz de plasmar la realidad sociocultural de Ciudad Rodrigo en la posguerra española, a través del hilo conductor del juguete como instrumento lúdico y educativo. En definitiva, interpretar y describir el universo social y lo que en él acontece en la época que estudiamos, para aproximarnos a conformar un relato sobre la vida lúdica cotidiana de posguerra donde, en un mismo escenario, unos jugaban y otros elaboraban juguetes de forma artesanal, analizando simultáneamente la necesidad del juguete como herramienta educativa, a través del pasado de una colectividad, que comparte un conjunto de vivencias, valores y necesidades.

El proyecto de investigación no perdió de vista las cuestiones iniciales u objetivos que modelaron el trabajo; no obstante, hemos interrogado nuestros datos de forma similar a como hemos interrogado a nuestros informantes. Estas preguntas iban generando otras cuestiones.

Nuestro análisis de datos reproduce bastantes de las etapas de la recogida de datos.

Como ocurre en la mayoría de trabajos de tipo etnográfico, nuestra investigación sobre el uso social del juguete de posguerra en Ciudad Rodrigo, se ha caracterizado por el hecho de que la producción y análisis de datos ha sido un continuo permanente.

2. EL TEATRO DE CARTÓN Y OTROS JUGUETES DEL NIÑO FERNANDO ARRABAL: EPISODIOS SOBRE LA VIDA LÚDICA COTIDIANA DE POSGUERRA

Fernando Arrabal, escritor y dramaturgo erudito, vive su infancia de posguerra en Ciudad Rodrigo, aproximadamente, desde los tres a los diez años.

Gracias al relato histórico de sus recuerdos de niñez, plasmados en su obra *Ceremonia por un teniente abandonado*, hemos podido desarrollar este apartado, por servirnos de fuente relevante en nuestra investigación sobre el uso social del juguete en Ciudad Rodrigo de posguerra.

Sin duda, su extraordinaria inteligencia le llevó a crear su propio teatro de juguete –no en vano fue premio nacional de superdotados a los diez años– gracias a la labor pedagógica ejercida por la hermana Mercedes, su adorada profesora en el colegio mirobrigense de Santa Teresa de Jesús.

6. Cfr. VELASCO, H. y DÍAZ DE RADA, Á. (1997): *La lógica de la investigación etnográfica. Un modelo de trabajo para etnógrafos de la escuela*. Madrid: Trotta, pp. 18-23 y 17-39.

Su teatro de juguete era de cartón, creado por él mismo gracias a sus habilidades y destrezas, que demostrarían ya una inclinación temprana por lo que fue su profesión de adulto, lo cual hace suponer que desde su niñez se comenzaban a fraguar sus aptitudes.

Son muchas las reflexiones que sugiere la creación de los propios juguetes por un niño, en época de posguerra, primero porque resulta difícil figurarse exactamente lo que significa para un ser humano la carencia de juguetes y, por tanto, de juego. La invención de su propio teatrillo de cartón conduce a pensar que el juguete debió ser tan necesario como el aire o el alimento en la vida diaria de posguerra.

Su teatro tenía sentido porque respondía, seguramente, a sus necesidades intrínsecas como jugador y como ser humano, y poseía gran poder afectivo, pudiendo convertirse en un medio de identificación o, tal vez, de superación de sí mismo.

Fernando, de niño, eligió y adaptó su propio juguete, que iba a contribuir a su educación. Es más, aquel teatro debió ser un trampolín que ayudó a liberar su imaginación.

La expresión y manejo de su juguete favorito, debió suponer también un aliciente que le trasladaba a la acción personal de representar sus propias obras y escenas dramáticas. En su caso, el capricho de poseer un juguete no superaba a la necesidad de fabricarlo, a diferencia de lo que sucede hoy.

Creemos que aquel teatrillo inventado por un niño de posguerra en Ciudad Rodrigo, puede ayudar a describir la idea de que la población infantil desea juguetes cuyo uso le satisfaga y no una mercadería que, con frecuencia, no responde a sus necesidades.

Primero el de cartón y más tarde el teatro de madera, pueden entenderse como una prolongación del niño Arrabal, como verdaderos intermediarios entre el yo del niño y la realidad exterior. A partir de lo que expresa en su obra ya citada, se percibe que cada uno de nosotros llevamos interiormente los juguetes con los que hemos jugado, por ser piezas claves de nuestra historia personal y compañeros inseparables de todo el aprendizaje vital.

La genialidad del juguete de Fernando Arrabal servía además para su socialización, ya que existían los personajes. Pensamos que se producía todo un acto social en torno a su juguete.

El cuidado con que trasladó a Madrid su teatro para que no se estropease, pone de manifiesto que todo niño depende mucho de la unidad del objeto, como puede comprobarse en cualquier rostro infantil afligido cuando un brazo de uno de sus muñecos se rompe.

Además, el teatro de cartón era una herramienta, una llave maestra que abría varios mundos: el mundo de la fantasía, el de la inteligencia, el de la acción y el del mundo lúdico.

Es en la infancia cuando se interpretan más cantidad de roles, por eso hay que poseer un especial talento para construir un juguete que sea un teatro, y más si nos remontamos a la posguerra española; debe necesitarse tanto despliegue de aptitudes y habilidades intelectuales para crearlo como para aprovecharse de su juego de escenificación.

Indudablemente, este niño jugaba a ser mayor en Ciudad Rodrigo, gracias a su teatro, que representaba todo un maravilloso juego de roles o juego simbólico. Allí estaban los personajes, era Fernando quien los manipulaba, quien controlaba sus actuaciones y quien determinaba su conducta y sus necesidades, al igual que sus palabras, porque su capacidad le permitía elaborar los textos de cada uno de los protagonistas de la escena.

Aquel niño inmerso en la posguerra mirobrigense fue capaz de inventar un juguete ideal, el que suscita la creatividad, el interés, la atención, la imaginación, las emociones, el que estimula nuevas ideas y divierte.

En su juego él aportaba casi todo, había sido el constructor de un juguete donde él mismo fabricaba sus sueños, de un juguete modelo, ejemplar, por no decir un juguete perfecto.

Su fascinante juguete no quedó inutilizado, le acompañó bastante tiempo y jamás parece haberle desilusionado...

Señalamos ahora algunas palabras de Fernando Arrabal referidas a su teatro de juguete, expresadas en la novela ya citada⁷:

«Cuando dejamos Ciudad Rodrigo para trasladarnos a Madrid en tren, traje mi teatro de cartón en la mano y así no se estropeó. Al principio ponía muchos personajes. Luego, hacía las funciones con pocos, y, así, podía moverlos sin que se tropezaran. Lo construí en Ciudad Rodrigo con una caja de cartón. El interior lo iluminaban dos velas disimuladas.

Al principio, ponía muchos decorados pintados en cada pieza. Luego ponía sólo uno (...).

Como a abuelo y a abuela les aburría leer mis textos, yo hacía todos los papeles cambiando de voz.

(...) En Madrid sustituí las dos velitas por dos bombillas de linterna. Al principio, los personajes hacían cosas importantes. Luego hacían las mismas cosas que nosotros (...).

En Madrid, lo coloqué en mi cuarto. Al principio, dividía la pieza en varios actos. Luego las hice de un solo acto.

Cada personaje estaba colocado sobre una varilla de madera y así podía moverlos desde fuera. Al principio, mi teatro era de cartón. Luego en Madrid, hice uno de madera que (a ella) le gusto más» (pp. 85-86).

Fernando Arrabal escribió esta obra teniendo como referente su antiguo diario que debió escribir desde su infancia, y cuyos pasajes fue rescatando y copió en un cuaderno con otros de su adolescencia.

Otros juguetes que el autor evoca son la Locomotora de juguete y una Casita, que le ayudaron a vivir más felizmente aquellos años de posguerra, mientras se resignaba ante la ausencia de su padre, cuya historia dice *«se fue convirtiendo en un mito familiar o por lo menos, en un rito, y, en ocasiones, en una leyenda. Leyenda trenzada en torno al silencio»*.

Rescatamos el pasaje donde el autor, describe, con marcada añoranza, aquellos dos juguetes, en especial aquél elaborado por su padre y que él mismo había descubierto casi como un presentimiento e inusual percepción de todo lo que sucedía a su alrededor:

«La máquina del tren tenía un letrero que no se podía leer a simple vista. Era un letrero pintado de negro, como el resto de la máquina. Sin embargo, poniendo la máquina del tren a contraluz, pude leer lo que decía. Cuando el sol se fue comiendo la pintura.

7. Cfr. ARRABAL, F. (1998): *Ceremonia por un teniente abandonado*. Madrid: Espasa-Calpe, pp. 85-86; 89-90; 219; 70; 83-84.

Los Reyes Magos me regalaron una casa y una máquina de tren. La casa tenía una cocina con sus grifitos, con sus armarios llenos de latas de conservas minúsculas, de sartencitas y pucheros. En las ventanas había tiestos con sus florecitas. En la terraza estaban las letras recubiertas de pintura. Sólo se podían leer mirándolas a contraluz. Cuando el sol se fue comiendo la pintura.

Mi máquina del tren de madera era la reproducción auténtica de una locomotora de verdad. Los Reyes Magos me la dejaron en mis zapatos.

Sobre la máquina del tren y sobre la casa pude distinguir meses después, cuando el sol se comió la pintura, el mismo letrero: «Recuerda a tu papá» (pp- 89-90).

El autor nos relata otros juegos que realizaban durante la infancia y que ayudan a conocer la vida cotidiana mirobrigense: desarrollaban actividades lúdicas que, algunas veces entrañaban ciertos riesgos, como saltar las troneras de la muralla o bajar a los fosos y que podían considerarse fechorías por parte de los mayores, como ocurría con la abuela del autor, que prohibía a su nieto saltar las troneras de la muralla.

Pero en ese entorno de juegos y de disfrute infantil existía algo que empañaba el ambiente placentero: eran los gritos de aquellos hombres del presidio mirobrigense de posguerra que los niños solían escuchar jugando desde el foso de la muralla. Dice el autor que *«en aquellos tiempos en muchas cárceles se chillaba» «Y esos gritos podían ser el tam-tam sordo del quehacer cotidiano».*

En Ciudad Rodrigo, en época de posguerra, la infancia de Fernando Arrabal se distinguía de otras infancias. Queremos decir que la infancia de nuestro dramaturgo no se puede equiparar con la de todos los niños de entonces, no hay que considerarla como patrón o prototipo porque el niño Fernando Arrabal pertenecía a una clase social marcada, sobre todo, por el nivel socioeconómico del padre, aunque fallecido, que poseía un cargo militar relevante.

Las huchas de barro eran elementos no tanto de juego pero sí podían tener un fin lúdico, muy abundantes entre la población infantil de Ciudad Rodrigo, y tampoco faltaban en pueblos de la comarca; lo mismo ocurría con las cestitas de barro.

Al igual que en otros pueblos de la comarca, existía un juguete fabricado por los propios niños: era la chirumba, que consistía en un palo de encina, de roble o fresno, de forma alargada, que los niños hacían estrecho en los extremos. Para jugar había unas normas de juego establecidas; no resultaba extraño que alguno de sus jugadores recibiera algún coscorrón fortuito cuando se desviaba algún lanzamiento muy lejos del círculo señalado. En Ciudad Rodrigo se jugaba a la chirumba en espacios como el Campo de Toledo, el Campo del Pozo, el Campo del Castillo y en el de San Francisco.

Las Peonzas, que en esta localidad tenían la denominación de «trompa», era especial por ser de madera de encina. Con ella se jugaba al corro de las trompas y a las carreras, caminando hacia la escuela. Se solían comprar en las ferreterías y era un objeto de juego más utilizado por los niños.

El Aro, que era de lata, solía hacerse aprovechando calderos viejos y con un alambre se construía la manilla para sujetarlo y que pudiese rodar.

Las carracas y la matraca eran de madera y eran muy utilizados en la Semana Santa, las primeras porque no se podían tocar las campanas y la matraca, que pesaba bastante, la llevaban los niños para avisar la Resurrección.

Se elaboraban pelotas de trapo que se forraban. Las otras se compraban, botaban mucho y servían para jugar al frontón, en los frontones de San Francisco, en la muralla de la Puerta de Santiago, en el contrafoso, y en el foso de la Puerta del Sol.

Las tabas, juego y juguete más utilizado por las niñas, tenía un uso generalizado porque eran muchos los animales que morían por lo que los huesos de las rótulas de animales como los corderos eran aprovechados para un fin lúdico. Las caras de las tabas tenían distintas denominaciones según los pueblos: aguas, carnes, pencas o lisos; panza, agujerillo, lisos.... Arrabal en *Ceremonia por un teniente abandonado* cuenta la particular versión de los varones de jugar a las tabas con un látigo, el juego se llamaba el Rey Correa, en el cual, según la posición en que quedaran las cuatro facetas (grilla, panza, correa y rey), cada niño recibía el castigo o se quedaba con el bastón del rey, la correa del verdugo o con el mimo si era el primer ministro del rey. Presentamos el fragmento relativo al citado juego:

«Bajábamos a la muralla de Ciudad Rodrigo y saltábamos por las troneras uno detrás de otro. Las troneras de junto al castillo eran estrechas y por eso las saltábamos todas seguidas. Las troneras que estaban a la espalda de la iglesia, como eran más anchas, no las podíamos saltar. Luego, por la pared del pasadizo, bajábamos al foso. Desde lo alto de la muralla veíamos la primera parte del encierro y también los coches de los franceses que en caravana huían hacia Portugal. Desde el foso se veía arriba el cielo y los cuervos revoloteando alrededor del castillo. En el foso jugábamos a los toros y al látigo. Al látigo jugábamos con una taba. Al que le salía alto, era el rey, al que le salía bajo, era el verdugo, al que le salía espalda, pasaba, y al que le salía hueco, recibía tantos latigazos del verdugo como ordenaba el rey. Como mi abuela me tenía prohibido bajar al foso y saltar por las troneras, procuraba no hacerlo. Como los amigos del colegio me llamaban miedica si no les acompañaba, procuraba seguirles».

De igual modo, sigue haciendo continuas referencias a Ciudad Rodrigo, comparando los juegos infantiles mirobrigenses con los juegos infantiles de Madrid, a donde se trasladó a vivir a los diez años: «aquí los niños no juegan a los toros, aquí los niños juegan a esquiar» y sigue evocando su niñez:

«Cuando el músico, con un cucurucho de papel, tocaba la trompeta, los toreros salíamos de un banco de la Plaza del Buen Alcalde de Ciudad Rodrigo. Al compás de la música íbamos hasta el banco en el que estaba el presidente. Hacíamos la reverencia y nos poníamos detrás del círculo de arena que limitaba la plaza. El presidente arrojaba la llave del caballista, y el caballista, con la llave en mano, daba una vuelta a la plaza. Luego, abría la puerta del toril y salía el toro, abuela me había hecho una capa roja. Abuelo me había dado un palo que servía de muleta. El toro sólo podía matar toreros cuando estaban

dentro del círculo de arena que limitaba la plaza. El toro sólo podía embestir en línea recta y en dirección a la capa. Aquí los niños no juegan a los toros ni dicen ¡torero! Aquí juegan al fútbol».

En cuanto a las muñecas, muchas madres fabricaban muñecas de trapo, con la cabeza de serrín que iban a buscar a las carpinterías y luego la cubrían con tela cosiéndola. El cuerpo solía ser un trozo de madera grueso o también serrín recubierto de tela. Cuando no se les hacían piernas se le dejaba el vestido cubriendo las supuestas piernas.

Al llegar la Navidad y los Reyes Magos las madres trabajaban con mayor ahínco en las muñecas. Otras eran de cartón, las que se compraban pero no asequibles a muchas familias. Las de cartón tenían pelo y una bonita cara pintada, aunque mal policromada, se llamaban *Peponas*, costaban uno o dos reales y fascinaban a las niñas. Hay informantes que recuerdan que también se vendían carros de cartón que gustaban a los niños.

Las *cántaras* y *jarritas* que se compraban en la hojalatería las usaban los niños y niñas para coger agua de los caños y llevarla a sus casas.

Las propias niñas elaboraban *collares de margaritas cosidas* y *caracoles* que cogían en el campo, los unían con hilos que hurtaban a las madres. Algunas niñas también hacían trenzas con los juncos del campo y las ataban al pelo.

Las más humildes construían *casitas con piedras*, le daban forma de corralito redondo; las muñecas de las casitas también eran piedras que cubrían con tela simulando que eran bebés, así jugaban a las mamás. Otro juego simbólico eran las tiendas, que construían igual. Este hecho nos demuestra que la falta de juguetes les obligaba a inventarlos y lo hacían ingeniosamente porque la necesidad de jugar es inherente al ser humano.

Las niñas más pudientes tenían *cacharritos de lata pintada* de color granate oscuro, según nos cuentan. También utilizaron para jugar muñecas de cartón y de porcelana china que eran bebés y les llamaban muñecos pelones, los cuales han llegado a compararnos con las Barriguitas, por su forma y tamaño. A la *chirumba*, al *diábolo*, al *juego del marro* y al *juego del clavo* se jugaba en la plaza de Dámaso Ledesma. Jugaban también, los niños del recinto amurallado, con *mariquitas* de papel, que compraban en la librería, donde también compraban, los que podían, el *Cabás*, o maletita de latón para ir al colegio.

Sobre la arena jugaban a la *Esterrilla*, juego similar al del avión o al de la rayuela.

Un entrañable relato fue el de una informante que pasó su infancia en el casco antiguo: existió en la posguerra una cárcel situada en los aledaños de la calle Colada. Aquellos presos políticos hacían manualidades y una actividad muy común parece que fue la creación de *muñecas hechas con pequeñas tablas de madera*: dibujaban la forma en la tabla y luego una vez perfiladas, las recortaban con sierras. La población infantil que vivía intramuros recuerda haber jugado con este juguete, que le gustó conservar durante mucho tiempo.

Los juguetes de madera no tuvieron un uso tan generalizado como los de hojalata y los de barro. Los pocos carpinteros de la época consultados reconocen no haberse dedicado a la elaboración de juguetes. Sólo hemos constatado que se hacían carretitas de madera entre 1950-60 y otros artilugios sin nombre definido pero dirigidas a niños. Ni siquiera las hacían por encargo sino por compromiso con familias o amistades cercanas.

Un informante oñorenses nos contaba que en su pueblo, a un paso de Vilarformoso, no había balones para jugar, por eso improvisaban balones cuando llegaba, a través del ferrocarril, y procedente de Portugal, el corcho en planchas. Los críos se apropiaban de los trozos de corcho e intentaban hacerlo lo más redondo posible. Así jugaban al fútbol aunque se lastimaban porque la réplica de *balón* no botaba ni era absolutamente esférico, por lo que la mayoría de las veces, daban puntapiés contra el suelo. Pese a todo, esta hazaña la repetían en numerosas ocasiones.

En Ciudad Rodrigo pocos eran los que tenían el privilegio de poseer en su casa muñecas de porcelana, no obstante, una niña de posguerra nos mostró unas hermosas *muñecas de biscuit* con las que jamás jugó por ser, en su hogar, un objeto de culto de gran valor. En su infancia poseyó juguetes importados de Alemania y de origen checo, al igual que un *muñequito marinero de caucho y celuloide* y un *pato de hojalata*, que atesora con especial nostalgia.

Procedente de otras fuentes localizamos también otros juguetes importados como una *muñeca Steiner*, de manufactura francesa y un muñeco entrañable, singular, de manufactura británica: es un bebé muy especial, un *Bebé-Chachi*.

Un juego mirobrigense propio de los varones era el *juego de los Toros*: desde muy pequeños esperaban ansiosos y entusiasmados la colocación de las primeras barreras o agujas del Carnaval, para jugar a ser mayores y disponerse a correr ante los toros. El resto del año, cuando no había agujas, cualquier calle o plaza de la ciudad era utilizada por los críos para disfrutar de esta afición tan arraigada en la esencia de los mirobrigenses. Hoy no es nada raro observar cómo los niños suelen jugar a los toros.

Dice Arrabal en su obra ya citada que poniendo banderillas el toro le mató varias veces, por eso, la vez siguiente, tuvo que hacer él de toro.

3. JUGUETES ARTESANALES MIROBRIGENSES DE BARRO Y HOJALATA (1940-1950)

La existencia de los distintos talleres de artesanos entroncados era una manifestación de la vida privada y familiar de la época, que se encontraba bastante apartada del mundo urbano.

Aquella realidad de una España no industrializada, sustentaba una mentalidad de autoabastecimiento, propia de una economía precaria, donde las escasas innovaciones comerciales de juguetes suponían ya un desafío para una infancia que no ignoraba las ansias consumistas, aunque el mayor desasosiego estribaba en no poder conseguir el juguete soñado.

Ciudad Rodrigo, a lo largo de aquellos sinuosos años, fue un escenario donde numerosa población infantil compartía auténticas relaciones amistosas, gracias a los juegos en la calle.

No faltaban, en medio de aquel regocijo infantil, algunas pinceladas de ilusión y anhelos de libertad que ayudaban a no truncar absolutamente la felicidad de aquella infancia, gracias al uso social de los juguetes como elementos de la vida cotidiana mirobrigense de posguerra.

Los juguetes que encontramos en Ciudad Rodrigo de posguerra son una muestra de la perennidad de los juguetes, pues jamás desaparecen completamente, pero sí se ven sometidos a una evolución. Desde los objetos de piedra y arcilla prehistóricos hasta nuestros días han sufrido grandes cambios. Entre los juguetes más antiguos que se conocen había sonajeros, arrastres y miniaturas de muebles de barro cocido, localizados en Mesopotamia. En Roma los romanos intercambiaban figuritas de barro cocido y en tiempos de Augusto, los niños jugaban con pelotas, aros y canicas por las calles de Roma.

Los juguetes llevan consigo la impronta de las preocupaciones y la técnica de su época y muchos son fabricados imitando los utensilios de los adultos.

Los materiales siempre están marcados por el momento histórico y la evolución de las sociedades, aunque los juguetes siempre hayan respondido a las necesidades de los niños y se hayan utilizado de la misma forma.

3.1. *Barro*

A lo largo de nuestra investigación hemos ido conociendo a personas que se convierten en informantes clave, en verdaderos «archivos orales» y cuyas aportaciones son vitales para nuestro estudio.

Escasos pero valiosos datos nos ofrece un mirobrigense artesano en los años de posguerra sobre el uso social de los juguetes de barro y datos sobre su elaboración.

La cuna de estos juguetes se encontraba en una finca particular llamada San Giraldo, próxima a Ciudad Rodrigo. Extraían el barro en este lugar y lo trasladaban al obrador y taller familiar situado en el barrio de San Cristóbal, muy próximo al actual instituto Fray Diego Tadeo.

El torno fue un instrumento fundamental en la creación de juguetes de barro, donde se realizaban las piezas elegidas. Cuando estaban bien secas y habían perdido toda la humedad se pasaban a la siguiente fase que era la cocción en el horno, con lo que finalizaba el trabajo.

Conserva muy pocos juguetes por los cuales nos mostró nostalgia; los que nos mostró, junto a su hermano, aparecieron entre muchos cacharros de uso doméstico.

Los juguetes de barro eran muy variados: huchas, cazuelitas, jarritas, cestitas y cantaritas en miniatura. Los vendían para Portugal, para Ciudad Rodrigo y gran parte de la comarca.

Se vendían muchas huchas, tenían gran éxito entre la población infantil. Semanalmente se podían elaborar aproximadamente cien unidades y todas las que se hacían se vendían, por lo que tenían un uso social muy extendido.

Todas las semanas se elaboraban más de doscientos juguetes de barro de distinta variedad y no quedaba ninguno sin vender. El coste aproximado de estos juguetes eran unos veinticinco o treinta céntimos la unidad. A veces, se vendían en grandes cantidades y con precios diferentes y descuentos.

No solían trasladarse a venderlos al mercado sino que los interesados se dirigían siempre al taller familiar. Muchos de estos útiles de juego iban destinados para los pueblos más

fronterizos como Fuentes de Oñoro y Alberguería de Argañán, pero era Portugal el mayor destinatario y el que absorbía gran parte del género de barro.

Algunos objetos no eran juguetes sino que formaban parte del utillaje infantil o del ajuar de la infancia: orinales, botijitos, pucheritos...

No había más ventas hacia la festividad de Reyes, porque los juguetes se vendían todo el año. Nuestro informante ya elaboraba canicas de barro con ocho o diez años de edad, y las hacía para él, sus hermanos y los niños de su barrio.

Como tenía la posibilidad de elaborarlas en su taller, las hacía en grandes cantidades, colocándolas en los huecos del horno que no ocupaban las piezas grandes.

Pero estas canicas no quedaban igual que las que se compraban, y los niños de entonces se percataban de ello. Los compañeros de juego replicaban que no servían para jugar y que no brillaban, pareciendo viejas. Así, ingeniaron un remedio: llenar con arena las canicas antes de cocerlas, de este modo pesaban más y no se deterioraban ni se rompían tan fácilmente.

No sólo los varones jugaban con canicas, éste también era un juego de niñas.

3.2. *Hojalata*

En el taller del informante hojalatero no faltaban útiles dirigidos al juego infantil, entre otros objetos imprescindibles para el buen funcionamiento de los hogares: faroles, candiles, jarras, embudos, aceiteras, etc.

Los juguetes de hojalata eran de escasa variedad pero de uso generalizado en toda la comarca y en Ciudad Rodrigo. Su producción se vio afectada por la incidencia del cambio de materiales como el plástico, que supuso una recesión para estas artesanías, a partir de la segunda mitad del siglo XX.

Durante la Guerra Civil y la inmediata posguerra utilizaron chapas de hierro o chapas negras sin estañar y para que quedaran las piezas más vistosas las piezas se disponían a darle un baño de estaño fundido. También se aprovechaban latas viejas de leche condensada y de conservas, las cuales los hojalateros pagaban con un real la unidad y hacían con ellas piezas pequeñas. También se servían de tinajas de aceite que deshacían para convertirlas en cántaras.

Se dice que en 1943 un tren español que se dirigía a Portugal descarriló en Ciudad Rodrigo. Allí se halló gran cantidad de hojalata que iba a ser exportada. El trágico suceso sirvió para que los hojalateros mirobrigenses aprovecharan aquella materia prima para afrontar momentos de penuria económica.

Hasta la segunda mitad del siglo XX había unas nueve hojalaterías en funcionamiento.

Los juguetes de hojalata eran objetos de gran uso social en la vida cotidiana: cantaritas y jarritas con asa, regaderitas, farolillos... También se realizaban algunos instrumentos musicales como zambombas (bote de hojalata y un trozo de vejiga), panderetas con un aro de hojalata del que colgaban pequeños redondeles de chapa que se unían con alambres.

La hojalata era una chapa de hierro o acero cubierta de estaño por ambas caras. Cuanto más pura y gruesa fuese la capa de estaño mejor calidad tenía la chapa.

3.2.1. Jarritas de hojalata con asa

Tenían gran éxito y aceptación entre la población infantil, se elaboraban grandes cantidades.

Los niños las usaban para coger pequeños peces en el río Águeda cuando los llevaban a la alameda. El propio hojalatero jugó con las jarritas y cuando tenía una la cuidaba con esmero porque con el agua se deterioraban y había que secarlas bien con un trozo de tela o trapo.

El uso generalizado de las jarritas era una realidad en un medio rural con acceso a un medio lleno de elementos naturales como la típica pesquera del río Águeda.

Había otros juguetes similares, con la misma función: regaderitas, barreñitos y calderitos.

La hojalatería que citamos estaba situada en la calle La Colada, tenía una sección destinada exclusivamente a los juguetes; Miguel todavía recuerda el cartel de fondo verde con letras blancas que anunciaba la sección de los juguetes.

Los padres llevaban el juguete con mucha ilusión sin que el niño lo pidiese. Era un gran acontecimiento recibir una jarrita. Los niños no solían pedir nada ni tampoco acompañar a los padres a la tienda donde se vendían estos objetos.

No había más ventas cuando se acercaban las fiestas navideñas y los Reyes Magos.

Estos útiles de juego de hojalata se usaban más en verano por ser la estación del año en que la infancia disfrutaba más de las salidas al campo.

3.2.2. Sonajeros de hojalata

Son una muestra más de que la hojalata se hacía notar con intensidad en la vida cotidiana de posguerra y de manera especial en la infancia.

A través del sonajero la infancia establecía el primer contacto con la hojalata poco después del nacimiento. Al uso del sonajero le seguía la pandereta, la zambomba, el tambor...

Los sonajeros mirobrigenses de posguerra consistían en un cajita cilíndrica, un mango largo y una argolla o agarrado. Sonaban gracias a unas piedrecillas o «chinas» que llevaban en su interior y todos tenían sonidos diferentes, no había dos sonajeros que sonaran igual; el misterio se encontraba en el tamaño de las piedrecillas, grandes o pequeñas, gruesas o finas.

Todos tenían una argolla para poder ser colgados de un cordón para no perderlos y para orientarse las madres acerca de los movimientos del niño, pues estos sonajeros no debían ser solamente propios de los bebés sino también de niños mayores que ya caminaban solos.

Constituían un claro elemento del ajuar infantil de la época y, sin ninguna duda, poseían funciones educativas como despertar el oído, la manipulación táctil y oral de los bebés.

Además, es muy destacable el hecho de que los hojalateros de entonces, no ignoraban la importancia de preocuparse por la seguridad del juguete. Eran conscientes de que la hoja de lata estañada no era nociva, y que el estaño nunca suponía un material perjudicial para los bebés, aunque lo chupasen o utilizasen como mordedor. Así pues,

nuestros sonajeros reunían las condiciones higiénico-sanitarias suficientes para ser usados por la infancia.

Por si esto fuera poco, los hojalateros de Ciudad Rodrigo redondeaban las posibles aristas que pudiesen quedar y ambas tapas del sonajero se soldaban con estaño, quedando hecho así el cuerpo del sonajero. Los círculos que servían de tapas al sonajero iban acopados con un martillo redondo sobre una plancha de plomo, para que quedasen cóncavas y se ajustasen.

Con la bigornia se hacía el tubo que sirve de mango, con una tira de 3,5 x 10 cms.

El anillo o argolla que servía de agarrado y para poder ser colgado el sonajero, llevaba unos bordes redondos para evitar que los críos pudiesen cortarse con alguna arista sin rematar.

Había sonajeros de distintos tamaños pero un tamaño estándar tenía las siguientes dimensiones:

- cada tapa media 5 cms. de diámetro,
- la tira del mango 10 cms. de largo,
- el cuerpo unos 18 cms. de largo y 2 cms. de ancho.

Para hacer el sonajero había unos patrones: se cortaban las tiras para hacer el cuerpo y se envolvían sobre un palo redondo, luego se soldaban formando una de las partes del sonajero.

De dos a tres horas se tardaba en hacer uno, aunque si se preparaba el material para hacer más cantidad se tardaba menos tiempo.

Los sonajeros eran más solicitados por las clases más humildes, la gran mayoría de destinatarios eran de la comarca de El Rebollar, de pueblos como Peñaparda, Robleda, Villasrubias y el Payo que se dirigían a Ciudad Rodrigo con la intención de comprar los «sonajus», que era la denominación que les daban debido al modo histórico y peculiar del habla de esta comarca.

Algunas veces se compraban por motivos distintos a un nacimiento, y eran solicitados por fascinación o para guardarlos como talismán. Por este motivo hemos dejado de preguntarnos por la relación causa-efecto entre la venta de sonajeros y los nacimientos.

Sin ser exactos, según nos cuenta nuestro hojalatero, se podrían vender mensualmente, unos seis sonajeros y costaban treinta y cinco céntimos, igual que las jarritas de hojalata.

3.2.3. El tambor de hojalata

Cada año el día de Reyes, el padre de nuestro hojalatero le regalaba un tambor que siempre era el mismo pero pintado de distinto color. El primero se lo regaló con cinco o seis años y era de color azul, el segundo rojo y el tercero... hasta que ya se agotaba la gama de colores básicos. Nos parece una historia digna de señalar porque además es una muestra de que la hojalata estaba racionada y entonces usaban lata reciclada, latas de conserva o de leche condensada que después pintaban.

CONCLUSIONES

Por medio de estas últimas páginas del trabajo, recuperamos ideas básicas expuestas, pero el objetivo ahora es encauzar todo el contenido desde una perspectiva global de la investigación. No quisiéramos ofrecer aquí una mera recapitulación de lo ya dicho, sino reflexiones más profundas sobre el contenido, que vayan más allá de los datos conseguidos.

En un principio, hemos pensado que habría sido muy interesante poder acceder a Archivos Privados de algunos palacios mirobrigenses para indagar y ahondar, quizás, en el entramado de las clases sociales más elevadas de Ciudad Rodrigo, pudiendo conocer juguetes propios de antiguas familias nobles. Sin embargo, nuestra investigación se fue enfocando, mayoritariamente, al estudio del juguete popular y creemos que fue el cauce más acertado para aproximarnos adecuadamente al uso social del juguete en esta ciudad mirobrigense, y a los objetivos o metas principales de nuestro estudio.

Pensamos que conseguimos describir y explicar el uso social del juguete en Ciudad Rodrigo de posguerra. Durante esta época dramática de la historia de España existió en Ciudad Rodrigo la preocupación por la infancia y por la necesidad de juego y diversión de la niñez.

Nuestra investigación sirve para hacer reflexiones sólidas acerca de este modo particular de investigar un tema de marcada importancia pedagógica e histórica, y para ahondar en la importancia científica del juguete como medio pedagógico a lo largo de la historia de la humanidad.

Las principales conclusiones van a dirigirse a dos focos de atención e interés que son los que sirven de soporte a esta investigación: el primero hace referencia a la metodología empleada, que puede aportar diversificación hacia dos vertientes: contenidos de los trabajos etnográficos, en los cuales apenas se han estudiado los juguetes, y sí la artesanía, el folklore, el habla, etc., y hacia la vertiente de diversificación de métodos y diseños cualitativos que se aplican cada vez más al estudio de la educación, pues es cierto que en los últimos tiempos se ha producido un aumento de los estudios antropológicos en educación.

Es un deseo que trabajos como éste ayuden a que la Etnografía empiece a constituirse aún más como una disciplina independiente, aunque hoy todavía sea un área de investigación no bien definida. Además, por nuestra formación pedagógica, consideramos que es necesario colaborar para que la Etnografía constituya una síntesis interdisciplinar ascendente, al practicarla investigadores de distintos ámbitos.

El segundo foco de interés que adquiere relieve en estas conclusiones es el uso social del juguete que desvela los valores educativos del utillaje de juego de la época, sin que tenga que entenderse como una crítica fácil y feroz a los juguetes actuales.

Hemos encontrado que existe un progreso o cambio cultural en el mero hecho de que la infancia de posguerra jugase con sencillos juguetes de barro, de hojalata o de trapo, y en el otro hecho de que la infancia de nuestros días juegue con sofisticados juguetes electrónicos u otros, pues a lo largo de la historia se producen cambios que afectan de forma directa o indirecta a la etapa infantil y como consecuencia a los juguetes.

Actualmente no se busca lo mismo con su uso que con los juguetes tradicionales en la época de posguerra.

Estos juguetes de posguerra satisfacían plenamente la esencia infantil y durante mucho tiempo se jugaba con el mismo juguete; el escaso desarrollo tecnológico unido a la dificultad de la importación y al sentimiento autárquico dominante en nuestro país hacia el exterior, contribuían, aún más, al desapego y cerrazón entre esta comarca y Portugal, pese a la proximidad de fronteras.

Con aquellos juguetes se buscaba el entretenimiento y la felicidad de los niños, aunque no hubiese una conciencia explícita de que el juguete provocase resultados positivos en el desarrollo integral. Antes, el juguete suponía ya un intermediario, considerado un objeto curioso y gracioso que servía para solazar y distraer a los más pequeños.

No hay duda de que hoy buscamos fines diferentes con el uso de los juguetes, unos fines benévolos, en gran medida, como el desarrollo de las distintas facetas infantiles, pero otros manifiestan claros fines comerciales, de éxito de ventas; con su uso se critican, a veces acertadamente los patrones sociales, otras se perpetúan sutilmente los estereotipos de género o se recrean objetos de juego poco adecuados para ser destinados a edades tempranas.

Los juguetes tradicionales cumplían ya objetivos pedagógicos que siguen vigentes en cuanto al desarrollo de la habilidad, concentración y sentido espacial que proporcionaban a la infancia.

Por eso, las nuevas ideas de juegos y juguetes que van apareciendo no impedirán que aquellos juguetes de posguerra sigan cumpliendo su importante misión.

Los espacios de juego eran diferentes, existía mayor libertad de movimientos, no había circulación rodada ni calles asfaltadas, ni parques infantiles, pero aquellos niños jugaban tanto o más que los de hoy con juguetes sencillos, todo este paisaje exaltaba el mundo rural reinante en aquella etapa posbélica.

Los juguetes con que jugaban la mayoría de mirobrigenses de posguerra no eran marcadores claros de las distintas clases sociales, sin embargo, el indicador de la procedencia social podría estar en el hecho de que muchos tenían tiempo disponible para dedicarse al juego, mientras otros debían afrontar tareas nada propias de su niñez, quedando el juego postergado a una actividad excesiva y superflua.

Todos los acontecimientos sociales, políticos, económicos o culturales han tenido repercusión en el juguete, como se demuestra al estudiar la historia del juguete en España. En esta ciudad salmantina resonaron los cambios que afectaron directa o indirectamente a la infancia, y cómo no, al juguete; éste sufrió una recesión, la fabricación de juguetes de hojalata se restringió considerablemente en la región valenciana para destinar esta materia prima a la producción de objetos bélicos. En la inmediata posguerra, en Ciudad Rodrigo, hubo racionamiento de hojalata y otras materias primas, lo cual no era de extrañar cuando se limitaba incluso la adquisición de alimentos.

En las hipótesis nos planteábamos qué sería de la infancia sin los juguetes. Aun cuando no existían como hoy los conocemos, o existían pocos hubo que inventarlos, de modo que no es posible imaginar la historia de la infancia de Ciudad Rodrigo ni de ningún

otro lugar, sin la existencia de juguetes. Ha sido algo propio del ser humano, desde tiempos inmemoriales urdir e imaginar sus instrumentos de juego, elaborándolos él mismo y perfeccionando sus técnicas.

Gracias a los artesanos mirobrigenses el juguete constituyó parte importante del ajuar de la infancia y fue una fuente inspiradora de ilusiones en una época posbélica de enormes carencias. Toda la saga de artesanos mirobrigenses actuaron como agentes mediadores o como coadyuvantes de educación, fabricando aquellos juguetes tan genuinos, impregnados de benevolencia, nada viciados.

Los juguetes artesanales instauraron en Ciudad Rodrigo un medio para el crecimiento mental y afectivo, porque eran utilizados por la infancia y los adultos se preocupaban de que los pequeños disfrutaran de sus juegos. Como todos los juguetes, en todos los tiempos, trasladaron a mentes y manos infantiles los roles de los adultos y fueron catalizadores de conductas sociales.

Aquellos juguetes eran funcionales, distintos a los modernos juguetes, y sirvieron como primeros materiales de conocimiento, para el aprendizaje y para la formación de personalidades, siendo objetos indispensables para efectuar las experiencias infantiles.

También en la posguerra el juguete ha sido un instrumento educativo en manos de la infancia, un medio para conquistar una educación orientada hacia el desarrollo de todas las facultades humanas, aunque fuese considerado tradicionalmente y por los adultos de entonces una herramienta de esparcimiento y no como medio pedagógico.

El juguete en Ciudad Rodrigo representó un microcosmos del universo social de posguerra, correspondió a un proyecto de interacción, pues fue fabricado por los adultos para que jugaran los niños. Así, más allá de un simple objeto lúdico, el juguete, significó una práctica social y sirvió como informador de cuestiones culturales y de mentalidad de esta sociedad.

Igualmente, hemos comprobado que el juguete de posguerra ha sido un importante factor de educación y que ha tenido una misión social, por manifestar un cierto nivel de cultura y vida.

Nuestros juguetes constituyeron, además, una muestra de que los juguetes permanecen a través de los siglos porque responden a necesidades que no varían en el hombre: reveladores de ello son los sonajeros, las muñecas, los arrastres, etc., que han sido siempre los preferidos de la infancia.

Los juguetes transmiten algo distinto a sí mismos, tienen un alma que hemos intentado descubrir investigándolos. En ellos cristalizan relaciones de entrega e intercambio y desembocan en relaciones afectivas. Son, pues, un lugar de acumulación simbólica, por eso evocan aspectos distintos a su entidad, son una demanda, un pretexto para percepciones de sentimientos, en donde la motivación afectiva puede vencer a la motivación utilitaria para la cual los juguetes son fabricados.

En la posguerra, podemos atribuirle al juguete un valor no sólo utilitario, sino también un valor simbólico porque expresaba el sentimiento de quien lo regalaba y establecía relaciones entre la infancia y la población adulta. Es muy posible que alguno de estos juguetes resultaran ser favorecedores para la relajación y tranquilidad de los niños,

ayudando a soportar mejor las inseguridades y temores que flotaban en aquel ambiente posbélico.

Sin darse cuenta, los artesanos mirobrigenses hacían del juguete un mediador de cultura, que amparaba la incorporación de la población infantil al ciclo cultural al que pertenecía. Los niños penetraban en el mundo adulto, con los juguetes ingresaban en la sociedad y ejercitaban las actitudes decisivas para la formación de la personalidad, captando sentimientos.

Para aquella infancia que jugaba tanto en la calle, aquellos otros juguetes tradicionales como la trompa, la chirumba, el diábolo, ... servían como instrumentos que permitían la apropiación simbólica de la realidad, que los pequeños siempre han necesitado comprender y aprehender o hacer suya.

Desde ahora, desde siempre, a Ciudad Rodrigo hay que reconocerle una tradición histórica en la fabricación de juguetes que documentamos en nuestro trabajo. Hoy el juguete instaaura una riqueza, un patrimonio etnográfico que deberíamos amparar, proteger y difundir como parte de nuestro pasado que se refleja en el presente y se proyecta hacia el futuro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARIÉS, P. y DUBY, G. (1991): *La historia de la vida privada en el siglo XX*. Madrid: Taurus.
- ARMERO, J. M. y GONZÁLEZ, M. (1981): *Armas y pertrechos de la Guerra Civil española*. Madrid: Historia 16. Poniente.
- ARÓSTEGUI, J. (1995): *La investigación histórica, teoría y método*. Barcelona: Crítica.
- ARRABAL, F. (1998): *Ceremonia por un teniente abandonado*. Madrid: Espasa Calpe.
- BLANCO GARCÍA, T. (1995): *Para jugar como jugábamos (Colección de juegos y entretenimientos de tradición popular)*. Salamanca: Centro de Cultura Tradicional. Diputación de Salamanca.
- BOUCHÉ PERIS, H.; FERMOSE ESTÉBANEZ, P.; GERVILLA CASTRO, E.; LÓPEZ BARAJAS, E. y PÉREZ ALONSO-GETA, P. M. (1998): *Antropología pedagógica*. Madrid: Dykinson.
- CÁMARA VILLAR, G. (1984): *Nacional-catolicismo y escuela. La socialización política del franquismo (1936-1961)*. Jaén: Hespería.
- CARDOSO, C. y PÉREZ BRIGNÓLI, H. (1979): *Los métodos de la historia*. Barcelona: Crítica.
- CARRIL, Á. y BLANCO, J. F. (1995): *Guía básica para la recuperación etnográfica*. Salamanca: Centro de Cultura Tradicional. Diputación de Salamanca.
- CASTELLS, L. (1995): *La historia de la vida cotidiana*. Madrid: Ayer. Marcial Pons.
- CORREDOR MATHEOS, J. (1989): *El Juguete en España*. Madrid: Espasa Calpe.
- (1999): *El Juguete en España*. Madrid: Espasa Calpe.
- DE GABRIEL, N. y VIÑAO FRAGO, A. (1997): *La investigación histórico-educativa (tendencias actuales)*. Barcelona: Ronsel.
- DELGADO, B. (1998): *Historia de la infancia*. Barcelona: Ariel.
- ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO AMERICANA (1926): Madrid: Espasa-Calpe. Tomo XXVIII Segunda parte pp. 3096-3105.
- ESPINA BARRIO, Á. (1997): *Manual de Antropología cultural*. Salamanca: Amarú 21 ed.

- FRASER, R. (1979): *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*. Historia oral de la guerra civil española, II. Barcelona: Crítica.
- GERVILLA CASTILLO, E. (1990): *La escuela del nacional-catolicismo. Ideología y educación religiosa*. Granada: Impredisur.
- GOETZ, J. P y LE COMPTE, M. D. (1988): *Etnografía y diseño cualitativo en investigación educativa*: Morata.
- GORRIS, José M.^a (1977): *El juguete y el juego (aproximación a la historia del juguete y a la psicología del juego)*. Valencia: Avance.
- HERNÁNDEZ DÍAZ, J. M. (1997): «La etnografía escolar entre el corazón y la razón». *Vela Mayor, Revista Anaya de Educación*, Madrid IV, 11 43-51.
- (2003): «Museos pedagógicos y exposiciones educativas en los inicios del siglo XXI» Conferencia presentada en el I Foro Ibérico de Museísmo Pedagógico: *O museísmo pedagógico en España e Portugal: itinerarios, experiencias e perspectivas*, coordinado por Vicente Peña Saavedra (Universidad de Santiago de Compostela) y Museo Pedagógico Galego (MUPEGA). Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- HERTZER, H. (1978): *El juego y los juguetes*. Buenos Aires: Kapelusz.
- HUIZINGA, J. (1994): *Homo Ludens*. Madrid: Alianza.
- (1943): *Homo Ludens: el juego como elemento de la historia*. Lisboa: Azar.
- IGLESIAS OVEJERO, Á. (1990): *El habla del Rebollar. Léxico*. Salamanca: Centro de Cultura Tradicional. Diputación de Salamanca.
- JAULÍN, R. (1981): *Juegos y juguetes: ensayos de etnotecnología*. Madrid: Sigloveintiuno.
- LÓPEZ TORRIJO, M. (1995): *Lecturas de Metodología histórico-educativa. Hacia una historia de las mentalidades*. Valencia: Universidad de Valencia.
- LORENZO, R. (1995): *Alfareros, Hojalateros y Romaneros de Ciudad Rodrigo*. Salamanca: Centro de Cultura Tradicional. Diputación de Salamanca.
- MARTÍ GÓMEZ, J. (1995): *La España del estraperlo (1936-1952)*. Barcelona: Planeta.
- MARTÍN GAITE, C. (1987): *Usos amorosos de la posguerra española*. Barcelona: Anagrama.
- MICHELET, A. (1977): *Los útiles de la infancia*. Barcelona: Herder.
- SANZ, I. (1983): *Guía de Alfares de Castilla y León*. Madrid: De La Torre.
- SARAZANAS, R. y BANDET, J. (1985): *El niño y sus juguetes*. Madrid: Narcea.
- SCHEURL, H. (1985): *Antropología pedagógica*. Barcelona: Herder.
- VELASCO, H.; GARUA CASTAÑO, J. F. y DÍAZ DE RADA, Á. (1993): *Lecturas de antropología para educadores (el ámbito de la antropología de la educación y de la etnografía escolar)*. Madrid: Trotta.
- VELASCO, H. y DÍAZ DE RADA, Á. (1997): *La lógica de la investigación etnográfica (un modelo de trabajo para etnógrafos de la escuela)*. Madrid: Trotta.
- VIAL, J. (1988): *Juego y educación: las ludotecas*. Madrid: Akal.